BERTA.—Habéis de miraros como hermanos.

RODOLFO.—Tenéis razón: la culpa es mía. ¡Perdóname, Carlos! *(Le tiende la mano.)*

CARLOS *(estrechándosela con calor)*.—¡De todo corazón! La verdad, es una situación algo difícil la de dos personas que se conocen desde hace ya mucho tiempo...

RODOLFO.—Se conocen y se quieren...

CARLOS.—Sin haberse visto nunca, y se encuentran frente á frente por primera vez. Es como si se encontrase uno en presencia de un antiguo amigo que al mismo tiempo fuera un desconocido.

RODOLFO.—Pero esa vacilación del primer momento pasa en seguida: á mí me parece ya como si nos hubiésemos criado juntos.

CARLOS.—Gracias, Rodolfo; que á mí me ocurra lo mismo es menos extraño, pues desde hace muchos meses no hacíamos otra cosa que hablar de ti.

RODOLFO.—Y ahora, vamos á hablar de cosas serias. ¿No es verdad, mamá, que nos permiten ustedes que nos retiremos un momento? Tenemos tanto de que hablar...

BARONESA.—No, quedaos aquí; yo bajaré con las niñas al jardín.

(Rodolfo acompaña á la baronesa hasta la puerta y le besa la mano. La baronesa, Berta y Marta vanse por la puerta izquierda.)

ESCENA V

RODOLFO y CARLOS

RODOLFO *(se acerca á la mesa y saca el manuscrito de la carpeta)*.—Sin rodeos, que entre hombres no son necesarios. Cuando llegaste acabábamos de abrir el testamento de papá. ¡Aquí está: léelo!

CARLOS *(ojeando el documento)*.—¿Hay algo en él que se refiera á mí?

RODOLFO.—No, pero su contenido indirectamente ha de interesarte; por él verás que mi padre no nos ha dejado ni un marco, pero sí pesadas deudas; que todos nosotros, por lo que se refiere á la herencia paterna, somos unos pobres, más lamentables que los mendigos mismos.

CARLOS.—Lo siento por tu madre. En cuanto á ti, tengo la convicción de que, aun sin la herencia paterna, sabrás conquistarte una posición.

RODOLFO.—No se trata de mamá ni de mí. Pero Berta no tiene tampoco dote: es una pobre tan pobre como la última modistilla.

CARLOS.—Bueno, ¿y qué?

RODOLFO.—Es indudable que tengo el deber de poner en tu conocimiento estas cosas, para que veas claro y puedas con toda libertad tomar una resolución.

CARLOS *(poniéndose de pie).*—¡Tomar una resolución! ¡Ver claro! Rodolfo, empiezo á no entenderte. ¿Qué resoluciones tengo yo que tomar? ¿Qué tengo yo que ver? ¿Qué me importa á mí que Berta sea rica ó pobre? Berta es para mí como yo mismo, y nunca he oído que uno deba amarse menos á sí mismo cuando es pobre que cuando es rico.

RODOLFO *(poniéndose de pie y estrechando las manos de Carlos).*—¡Gracias, Carlos, gracias!

CARLOS *(excitado).*—Este apretón de manos te lo tomo á ofensa. ¿Hubieras tú, en mi caso, pensado y procedido de otro modo que yo? No. ¿Creerías tú merecer una gratitud especial por haber hecho lo que debías, lo único que puede hacer un hombre de honor? ¿Á qué esas gracias, á qué ese apretón de manos? Leo en tu alma, Rodolfo; tú te has dicho en silencio: «Yo, el noble, hubiera hecho lo que tú haces; pero de ti, plebeyo burgués, á quien yo tenía por un advenedizo egoísta y vulgar que hacía la corte á mi hermana convencido de que la señorita de Altenberg era un partido brillante, no podía esperarse sino una retirada discreta en cuanto supieses que la baronesa de Altenberg es una pobre. Ahora bien; como contra lo que yo pensaba, te portas como un hombre de honor, no puedo menos de experimentar una buena sorpresa, y te doy las gracias por la grata decepción que me has proporcionado». Confiésalo, Rodolfo; esto es lo que significa tu apretón de manos. Los mejores de entre vosotros no lográis vencer los prejuicios de casta.

RODOLFO.—Te lo confieso como un colegial y te pido perdón. Verdaderamente, merezco un castigo por haber dudado de ti.

CARLOS *(sentándose).*—Por lo demás, está tranquilo. Lo que á ti te ha revelado el testamento de tu padre lo sabía yo, lo sabe todo el mundo hace ya tiempo.

RODOLFO.—¡Cómo! ¿Será posible?

CARLOS.—Y ¿cómo no? Reflexiona un poco. Los pagarés de tu padre circulaban desde hace meses por las covachuelas de los usureros, y los intermediarios los ofrecían en la plaza muy por bajo de su valor. Esto no podía menos de saberse.

RODOLFO.—¡Terrible! ¡terrible! *(Después de una pausa.)* Esto nos conduce al último punto que hemos de tratar entre los dos. Desde la muerte de mi padre has sido tú quien ha dirigido los asuntos de la familia, ¿no es eso?

CARLOS.—No tuve más remedio que aceptar esa misión, ya que tú no estabas aquí.

RODOLFO.—Y aún tratas de disculparte, excelente amigo. (*Levantándose.*) Tú has sido ya nuestro bienhechor: nos vienes sosteniendo desde hace tiempo, pagando los pagarés vencidos, salvando nuestro honor, haciéndonos limosnas.

CARLOS.—No sigas hablando en ese tono, Rodolfo. ¿Por qué empleas ese lenguaje? ¿Por qué ponerte así? Yo no he hecho otra cosa que velar en tu ausencia por los intereses de dos mujeres solas; yo te he prestado un servicio de amigo; ahora que

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

estás aquí, tú te encargas de todo, y asunto concluído. No hay que tomar las cosas por lo trágico ni emplear ese patético lenguaje.

RODOLFO.—Está bien, Carlos. Dejemos lo pasado: olvidemos este enojoso incidente. Tú me has dicho ya cuanto tenías que decirme. Ahora me toca á mí hablar. Escúchame.

CARLOS.—Te escucho con el interés de un hermano.

RODOLFO.—Quizá te haya dicho Berta cuánto me ha costado á mí, joven de veintitrés años, licenciado en Derecho, ¿y por qué no confesarlo? noble, criado en los prejuicios de casta, convertirme de pronto en un empleado de una casa de banca.

CARLOS.—Me figuro tu repugnancia.

RODOLFO.—Pues bien; no duró mucho tiempo. La nueva profesión me agradó, y pronto le tomé cariño, ¡qué digo cariño! una verdadera pasión. Cuando se tiene cariño á un trabajo, siempre se adelanta en él. Mi carrera en América, en casa de Tom-Kins Hermanos, fué fabulosamente rápida. En un año ascendí de meritorio á procurador de la casa, que es una de las más importantes de Nueva York, y luego fuí nombrado director de la sucursal de la casa en el Brasil, cargo que he desempeñado durante dos años; y en este tiempo he logrado ahorrar ciento veinte mil marcos, que traigo conmigo.

CARLOS.—¡Ciento veinte mil marcos! ¡Es un capital!

RODOLFO.—Eso no tiene importancia. Traigo

algo que vale infinitamente más: conocimientos, experiencia, crédito y encargos de mi antiguo jefe. Los señores Tom-Kins deseaban hace tiempo poner un pie en Europa, y mi venida les proporciona una ocasión que ni pintada para poner en práctica sus proyectos. Me han prometido apoyarme con todas sus fuerzas, si me pongo al frente de un establecimiento de crédito. Y es lo que pienso hacer.

CARLOS.—¡Cómo! ¿Tú también especulador?

RODOLFO.—Parece que no te agrada la palabra.

CARLOS.—Tu padre se perdió por ella.

RODOLFO.—¡Mi padre! Que me perdone si no evoco su nombre con el debido respeto, pero mi padre no era mas que un pobre hidalgo, un aristócrata que no tenía la menor noción de los negocios. No podía respirar á sus anchas en las cavernas donde se forja el oro. Pero yo... yo soy otra cosa. Yo he estado en esos antros y he aprendido á moverme en ellos con toda libertad. No en vano he sido por espacio de un año visitante obligado de todos los días de la Bolsa de Nueva York, no en balde he pasado dos años en el despacho del director de una casa que maneja centenares de millones. Ya sé cómo se hacen los millones.

CARLOS.—No puedo evitarlo, pero te lo confieso honradamente: no me gusta verte seguir ese camino que tú encuentras tan llano. Yo, por mi parte, sólo tengo confianza en el trabajo modesto, lento, honrado.

RODOLFO.—¡Trabajo honrado! ¡Trabajo hon-

rado! He aquí una de esas frases hueras con que los pobres diablos prueban á hacer más llevadera su obscura y mezquina existencia. ¡Como si mi trabajo no fuera tan honrado como el del zapatero y el guantero! La única diferencia está en que ellos trabajan con las manos y yo con la cabeza, en que ellos con su trabajo se convierten en esclavos de los hombres, mientras que yo con el mío me erijo en amo y señor suyo. El trabajo que tú llamas honrado sólo da, á lo sumo, un mediano bienestar; pero la riqueza, los millones, sólo se consiguen con la especulación, con el trabajo de los demás y su explotación inteligente. Con tu trabajo honrado sólo se prospera con lentitud desesperante, y eso sólo es bueno para los que tienen tiempo para esperar pacientemente un siglo ó más, si hace falta, á que su familia se vaya elevando desde las honduras de la humanidad hasta la cumbre. Yo sé muy bien cómo se hacen las cosas. El padre es labrador y se pasa toda la vida á vueltas con la hoz y el arado. Su hijo emigra á la capital y es ya un artesano, que al morir lega á su hijo una regular fortunita, reunida marco á marco. El nieto es ya fabricante, y aquí termina tu famoso trabajo honrado y empieza la especulación. Gracias á ella, nuestro hombre llega á millonario, su hijo, el biznieto del labrador, es un gran propietario rural, y hétele ya aquí, después de cuatro generaciones de trabajo incesante, llegado á la cúspide de la sociedad. Este procedimiento me resulta á mí lentísimo. No puedo aguardar cuatro generaciones; necesito, debo hacerme rico en seguida, al momento. Tengo el deber de devolver á mi nombre, hoy empañado, su antiguo esplendor; tengo que conservar á mi madre en la posición á que está acostumbrada, procurarle á mi hermana una dote digna de ella y de ti. No me digas nada en contra, Carlos, es inútil. Sé lo que quieres decirme. Pero así como tú tienes tu sensibilidad, yo tengo mi conciencia del deber. Mi ideal es muy moderno, y debo perseguirlo con medios modernos. Yo debo ser rico: debo y puedo; y eternamente le agradeceré á mi padre el haberme puesto en condiciones de aprenderlo. Y te digo más: al hacerme financiero, al especular, tengo la convicción de hacer algo grande y noble como mis antepasados, que en otro sentido, echaron los cimientos de la grandeza de mi familia. Aquellos arrogantes caballeros batallaron y lucharon por conquistar nuevos países con el filo de su espada, para hacerse también ricos y poderosos, según el concepto de aquel tiempo. Lo que entonces era una gran feudo, lo es hoy el millón. No, no hago mas que seguir las huellas de mis antepasados. Lucho por el millón, no con la espada, como ellos, sino con la inteligencia; pero en el fondo, el fin es el mismo.

CARLOS.—No haces sino hablar de millones. ¡Como si fuera tan fácil, tan seguro el conseguirlos!

RODOLFO.—Mucho más fácil, mucho más seguro de lo que tú crees. Claro que con tu trabajo hon-

rado, no. Pero cuando se tiene un crédito por valor de muchos millones, es un juego de niños hacerse millonario. Y tenlo presente, Carlos: los millones se atraen unos á otros, como nos enseña la física de los cuerpos celestes: en proporción al cuadrado de sus masas. Donde está uno, allá se lanzan todos. Y cuando ya se han reunido unos cuantos, para formar una sola masa, su fuerza de atracción sobre los millones aislados, que giran desparramados acá y allá, es enorme, irresistible.

CARLOS.—Los millones son redondos, Rodolfo; ruedan en todos sentidos. Se parecen á la rueda de la Fortuna.

RODOLFO.—Claro que ruedan: sólo que no ruedan cuesta arriba. Pero para el financiero hábil, sí.

CARLOS.—Te he oído tranquilamente, y te confieso que no me has convencido. Tú puedes cumplir con tu deber para con tu nombre, para con tu madre, en tu posición actual, como procurador de la casa Tom-Kins Hermanos. Para eso no se necesitan millones, como no se necesitan para ser dichoso.

RODOLFO.—Eso es distinto. La dicha, en último término, es satisfacción interior, y yo no puedo estar satisfecho mientras no lo estén mi orgullo y mi ambición. Yo quiero ser algo y hacer algo en el mundo, y no se puede hacer nada sin dinero, sin mucho dinero.

CARLOS.—¿Te atreverás á negar el valor del talento?

RODOLFO.—El talento es el cañón, pero el dinero es la pólvora y la granada. El talento unido al dinero es irresistible, pero solo no significa nada. Mira: si yo me desvivo por los millones, no lo hago por los placeres, por el bienestar, por el lujo que con ellos se obtiene. Estos son para mí los viles, los despreciables efectos secundarios de la riqueza. Lo principal es el poder que dan los millonos. Los moralistas vulgares dicen: el poder de hacer lo malo. Yo digo: el poder de hacer las cosas grandes y buenas. Tú no sabes lo que quiere decir encontrarse como príncipe del dinero, al frente de innumerables millones. Todo está sometido á tu voluntad: jefes de Estado, pueblos, Parlamentos, plebe, Catones y libertinos, el vicio y la virtud. Eres un general que mandas sobre millares de resueltos guerreros. Los millones son tu ejército, obedecen á una seña tuya, luchan, vencen, conquistan á tus órdenes. Tu dinero es el trabajo ahorrado, condensado de millones de brazos humanos. Posee una inmensa fuerza de explosión. Si aplicas esta fuerza á un punto concreto, puedes llevar á cabo hazañas fabulosas. Esa fuerza perfora montañas, destroza continentes, deseca los mares, convierte regiones en que el hambre era endémica en mansión de placeres de millonarios, cultiva desiertos y los puebla de talleres y fábricas. Y tú, el amo de esta fuerza elemental, estás sentado en tu despacho, y de una plumada haces todas esas maravillas con la misma facilidad que si dispusieras de una varita mágica.

CARLOS.—Hablas con el entusiasmo de un poeta sobre lo más prosaico de todas las cosas, sobre el dinero.

RODOLFO.—Error, Carlos, grave error. La moneda aislada podrá ser prosaica, pero el dinero, la riqueza, el poder que con ella se logra, ¿hay nada más poético?

CARLOS.—Bueno; la riqueza podrá ser poética; pero no el esfuerzo que se hace para adquirirla.

RODOLFO.—Pero para mí ese esfuerzo será muy breve. Pienso fundar una gran banca, con un capital de cuarenta millones, para empezar. Tom-Kins Hermanos me garantizan en seguida el pago al contado de cuatro millones en cuanto tenga reunidos dos millones. Con seis millones al contado y Tom-Kins Hermanos guardándome las espaldas, la creación de mi banca será cosa de catorce días.

CARLOS.—Pero ¿cómo te arreglarás para encontrar esos dos millones, sin los cuales Tom-Kins Hermanos no soltarán los otros cuatro?

RODOLFO.—Ya los tengo casi seguros. No creas que he estado ocioso. He aprendido de los yanquis rapidez y energía. El valetudinario conde de Ebersberg es mi padrino.

CARLOS.—¡El conde de Ebersberg! ¿Uno de nuestros más opulentos aristócratas?

RODOLFO.—El mismo; su renta al año no bajará de dos millones. Tiene colocados cerca de cuatro millones en casas de banca donde le producen el dos ó el tres por ciento. Ebersberg ha de darme los

dos millones que necesito, y espero que me los dé. Poco antes de salir de Río Janeiro le telegrafié participándole mis propósitos y rogándole me escribiese á Hamburgo, á la estación del ferrocarril, lo que pensase de mis proyectos. Ayer, á mi llegada á Hamburgo, recogí su contestación.

CARLOS.—¿Y qué? ¿Se asocia á tus planes?

RODOLFO.—Se asocia, desde luego, pero con reservas: no concibe que un Altenberg pueda ser financiero, á lo menos aquí, en la capital, á la vista de cincuenta familias nobles con las cuales estamos emparentados. Pero hace estas objeciones tan débilmente, que creo le convenceré sin dificultad. No me gusta perder ni un minuto, y voy ahora mismo á verle. Una palabra antes que nos separemos: ¡Tengo grandes proyectos! Necesito para su ejecución de un colaborador fiel, inteligente, incondicional. ¿Puedo contar contigo?

CARLOS.—Te doy las gracias, pero perdóname que no acepte. Soy ingeniero, tengo un modesto capital de cien mil marcos, y por ahora sólo un deber: el de hacer feliz á Berta. Espero que lo lograré con mis escasos medios. Esto es todo lo que ambiciono por el momento. Lánzate en buen hora á edificar tu palacio de millones, yo me contento con mi burguesa medianía. Con mi adhesión y mi amistad puedes contar en todo momento; pero ¿para qué necesitas de mi ayuda?

RODOLFO.—Espero que esa negativa no será tu última palabra. Ahora, adiós, y excúsame con las

señoras. Cuando vuelva, os traeré resultados, resultados brillantes.

(Vase por la puerta del centro.)

ESCENA VI

CARLOS; en seguida MARTA, la BARONESA y BERTA

CARLOS *(viéndole salir)*.—¡Buena suerte, y que tu sueño se logre! ¡Quién sabe! Acaso la suerte quiera hacer grande al hijo con los mismos medios con que arruinó al padre. ¡La suerte las gasta así!

MARTA *(asomando la cabeza por la puerta de la izquierda)*.—Perdón... ¿Conferencian ustedes todavía?

CARLOS.—No, condesa; hemos terminado.

MARTA *(entrando)*.—¿Está usted solo, señor Hartig? ¿Se ha ido el barón Rodolfo?

BARONESA y BERTA *(entrando)*.—¿Se ha ido Rodolfo, sin decirnos adiós?

CARLOS.—Me ha rogado les presentara á ustedes sus excusas. Tenía que despachar un importante asunto, que no podía aplazar ni un minuto.

BARONESA.—¡Cómo! ¿Asuntos importantes cuando todavía no hace una hora que llegó?

BERTA.—Y tan urgente, que ni siquiera ha tenido tiempo de cambiar de traje.

CARLOS.—Ha debido pegársele en América algo de los yanquis. Va rápida y resueltamente á lo esencial y no se entretiene en minucias de etiqueta. Me hace la impresión de una locomotora de vapor hirviente, henchida de fuerzas internas, penosamente contenidas, lanzándose con empuje irresistible hacia un fin lejano. ¡Un hombre magnífico!

BARONESA *(estrechándole la mano)*.—¡Gracias, Carlos, gracias! ¡Cuánto bien me hacen sus palabras!

BERTA *(alegre)*.—¿Te agrada?

CARLOS.—Si le he hecho tan buena impresión como él á mí, la futura armonía de la familia está asegurada.

BERTA *(como antes)*.—¡Oh! Sobre ese punto puedes estar tranquilo. ¡La simpatía siempre es recíproca! Seguramente le habrás sido tan simpático como él á ti.

CARLOS *(besándole la mano)*.—¡Siempre tan amable!

BERTA.—Y á ti, Marta, ¿que te parece nuestro Rodolfo?

MARTA *(con leve turbación)*.—¿Qué te puede importar á ti mi opinión. y menos á él?

BERTA.—¡Pero no te pongas colorada por eso!

MARTA.—¡Cómo! ¿De veras? No sé por qué quieres avergonzarme.

BARONESA.—No lo tome usted á mal, querida Marta; es la primera vez desde hace mucho tiempo que Berta se siente con ganas de broma. Pero ¿no

podría usted decirnos, Carlos, adónde ha ido Rodolfo y qué asunto tan importante y urgente le ha obligado á salir?

CARLOS.—Ha ido á casa del conde Ebersberg, para ver si le convence á fin de que se asocie con dos millones á la fundación de una gran casa de banca.

BERTA y MARTA *(al mismo tiempo)*.—¡Dos millones!

BARONESA.—¡Carlos, me asusta usted! ¿No es una fantasía? ¿No lo tomará Ebersberg por un loco?

CARLOS.—No tardaremos en saberlo.

ESCENA VII

DICHOS y RODOLFO

RODOLFO *(agitado)*.—¡Victoria, Carlos! ¡He triunfado, queridas! Ebersberg da los cuatro millones, y hasta acepta la presidencia del Consejo de administración. Todo sale á medida de mi deseo. La suerte es mi esclava. *(Abraza á la baronesa.)*

MARTA.—¡Ah, barón Rodolfo, no puedo decirle cuánto me conmueve verle tan alegre por esos millones y esa presidencia del Consejo de administración!

RODOLFO *(con tono de reproche)*.—Usted no

sabe lo que estas palabras encierran de dicha, de dicha para todos.

MARTA.—Soy una loca. Perdóneme usted.

BARONESA *(acercándose al retrato del difunto barón, con las manos extendidas)*.—¡Sé tú, mi Dietrich, el ángel tutelar de tu hijo! Que tu bendición de padre corone todas sus empresas.

TELON

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
29628